

LA TERRAZA



JOAN DE SAGARRA



La Mulassa, uno de los elementos de la cultura tradicional y popular más característicos de la fiesta mayor de Solsona

Esta semana he pasado tres días en Solsona, en fiestas, confortablemente alojado en el hotel Sant Roc, una preciosidad modernista, inaugurado en 1929. Era la primera vez que pisaba las calles de Solsona y eso para un Sagarreta como yo es algo imperdonable. Debía haberlas pisado mucho antes y, de manera especial, la plaza de Sant Joan, en cuya fuente hay una placa con un célebre poema de mi padre: *Record de Solsona*. Ese poema lo debió de escribir mi padre siendo un muchacho, en 1911 o 1912, cuando visitó Solsona probablemente invitado por el doctor Josep Falp i Plana, al que conoció en el Ateneu, un hombre de la Renaixença, difusor de las tesis higienistas y vegetarianas, autor de una *Topografía médica de Solsona y comarca* (1901), y que además de curar a las personas hacía versos. La casa de los Falp estaba, y sigue estando, en el número 12 de la plaza de Sant Joan. “Fa una lluna clara i una nit serena./ Jo m'estic a la plaça de Sant Joan;/ damunt les finestres cau la lluna plena,/ cau damunt la pica que la fa brillant”. Así comienza el poema de mi padre. Y termina así: “Jo no sé pas per què jo aquí voldria/ estar-hi llarga estona quietament,/ amb una noia sols per companyia/ sense basar-la ni dir-li cap lament./ Veure el tresor que d'aquí estant s'obira/ sense esflora-li el seu cabell gentil,/ sols sentir-la a la vora com respira.../ I respirar aquest aire tan tranquil”.

La plaza de Sant Joan, “tota recollida, tan acollidora i tan suau”, sigue igual que cuando mi padre la pisó por primera vez, pero juraría que las parejas que la visitan en las noches de luna llena no se muestran tan románticas como mi padre, sobre todo después de tomarse unos cubatas en el bar que hay detrás de la fuente, un

bar tan chiquitín que los solsoneses lo conocen como *El forat del cul*. Fui a Solsona azuzado por mi buen amigo Ramon Felipó i Oriol, un independentista civilizado que no confunde la estelada

Solsona sigue siendo un pueblo muy señor, aunque Roger Mas dice que también es de gente anárquica

(bandera de partido) con las cuatro barras (la sangre de Guifré el Pelós). Felipó vivió de pequeño en Solsona, donde su padre ejercía de juez, y es un pozo de sabiduría en lo referente a la Catalu-

nya folklórica, desde la Patum de Berga hasta el triste bigote del señor Carod-Rovira. Felipó ha sido mi cicerón en Solsona, junto a nuestro joven amigo Albert Fontelles i Ramonet, un muchacho de 19 años que con sólo 16 escribió una notable monografía sobre las *Festes extraordinàries de Solsona* y ejerce de *flabiolaire* en ellas, acompañando con su música el baile de los gigantes.

Solsona fue declarada sede episcopal por el papa Clemente VII en 1593 y, un año más tarde, Felipe II le concedió el título de ciudad. Pero la ciudad de Solsona sigue siendo un pueblo, un pueblo muy señor, eso sí, con gente de orden, aunque el cantautor Roger Mas, hijo de Solsona, me dice que también es gente anárquica “de portes endins”. En Solsona, pa-

seando por su casco antiguo, espléndidamente conservado, se ven algunas casas nobles y muchas carnicerías, pastelerías, muchas agencias de bancos y cajas, y un montón de curas. Tiendas en

Mossèn Clos lo mismo le canta una salve a la Virgen que canta una romanza napolitana o ‘María de la O’

las que se venden *espardenyes* y cuchillos (el plástico ha sustituido a la *banya*), pero también hay un establecimiento bautizado Betty Boop y un bar con el nombre de Bogart, a dos pasos de mi ho-

tel, donde luce una bonita foto de Rick en Casablanca y donde, tras la barra, unas muchachas rumanas alegran la vista a la clientela.

En Solsona gobierna el tripartito. El alcalde, Xavier Jounou (ERC), aliado con el PSC y los ecosocialistas, o como se llamen (el Comú), desbancaron del poder al candidato de CiU que había ganado las elecciones. Como todo tripartito, el Ayuntamiento de Solsona tiene algo de un cuento de Giovannino Guareschi: los del Comú participan en las procesiones pero se niegan a entrar en la catedral, y los de CiU se niegan a participar en el almuerzo de la fiesta mayor (10 euros por persona) alegando que estamos en época de crisis y no son tiempos para tirar el dinero en comilonas.

Yo me he instalado en la terracita del Cantàbric, un bar restaurante de la plaza Major donde el dueño, David, un señor muy simpático, me sirve un whisky mientras veo a la consellera Tura cargar los *mascles* –morteros de hierro (estrenados en 1693) de un palmo de altura y de forma cilíndrica que se llenan de pólvora y se cubren con fango–, y tras el ruido, el fuego y la polvareda, veo desfilar los gigantes viejos y jóvenes, el Bou, la Mulassa, el Drac, l'Àliga, los Quatre Ossos, los Quatre Nans, los Caballets, con sus preciosas y antiguas músicas. ¡Qué gozada! Así sí que da gusto sentirse catalán, viendo bailar l'Àliga de Solsona.

Por la tarde me acerco a la catedral. Allí se hospeda la *pubilla* más rica del Solsonès, la Mare de Déu del Claustre (siglo XII), joya del románico catalán, multimillonaria en bienes patrimoniales. Allí, mossèn Clos, *el rossinyol de la catedral*, lo mismo le canta una salve a la Virgen que te canta una romanza napolitana o *María de la O*. Canta muy bien el mossèn. Durante la procesión, el obispo de Solsona, Jaume Traserra i Cunillera, avisado por el amigo Felipó de mi presencia, rompe el protocolo y viene a saludarme, la mar de afectuoso. El señor obispo y un servidor hemos ido juntos a los jesuitas de Sarrià. El obispo –el enfado que debió de pillar el padre Lucia, el padre espiritual del colegio, cuando el joven Traserra prefirió hacerse cura antes que enrolarse en la Legión de Loyola– es muy respetado entre los solsoneses, más respetado que querido (se negó a que TV3 retransmitiera la misa del gallo desde la catedral).

No hay, ¡hélas!, ningún restaurante que sobresalga en Solsona, pero los *canelons* de fiesta mayor que me ofreció la familia Fontelles sabían a gloria. Volveré.●

¿VALE LA PENA?

Sí Después de que el pasado domingo apareciese mi crónica sobre la masacre de Katyn, recibo un e-mail de la señora Belén Marrón, directora del gabinete de comunicación de la Universitat Abat Oliba CEU, en el que me dice: “Tengo el placer de comunicarle que el próximo 16 de septiembre, a las 19,15 h, la Universitat Abat Oliba CEU, en colaboración con el consulado general de la República de Polonia y la Associació Cinema-net, proyectará en primicia para España la película *Katyn*, de Andrzej Wajda”. Allí estaremos.



No Solsona se halla a 110 kilómetros de Barcelona y a 52 de Manresa. Para ir allí, si no se dispone de un vehículo privado, hay que coger el autobús de la Alsina Graells (hoy Alsa). El viaje, de una duración de cerca de tres horas, cuesta 15 euros, más caro que la gasolina que gasta un coche para hacer el mismo trayecto. Es una vergüenza, pero, según se mire, una bendición. Es una manera de tener aislada a Solsona; de otro modo no se hubiese conservado tan preciosa. En Solsona todos tienen coche: el obispo va al Liceu con él.